

cristianos del ejemplo y la doctrina de los apóstoles, para estos casos, respondían con firmeza á todas las autoridades de la tierra, que era preciso obedecer á Dios antes que á los hombres: *Obedire oportet Deo magis quam hominibus* *Disciplina nostra est occidi, non occidere*. Y entregando alegres y libremente su cabeza al cuchillo, nos han dejado tantos y tantos millones de ejemplos heroicos de obediencia y de fidelidad á la autoridad de aquel primer soberano de quien descienden todas las autoridades. “¡Oh emperador! decían los que componían la legion tebana con S. Mauricio su capitán: “vuestros soldados somos, pero juntamente somos “siervos de Dios; á vos debemos el servicio militar, pero á Dios debemos nuestra inocencia: pronto estamos á obedeceros como hicimos siempre “que no nos obligasteis á ofenderlo. ¿Podeis esperar que seamos capaces de guardaros fe, si mentamos la de Dios? Nuestro primer juramento fué “dado á Jesucristo, y el segundo á vos. ¿Creeréis “en el segundo, despues que violemos el primero? . . . Emplead, pues, los tormentos, el hierro “y el fuego; estamos dispuestos á sufrirlo todo, pero no á dejar de ser cristianos: queremos mas sufrir la muerte, que darla; y salir de este mundo “inocentes, que no quedar en él criminales.”

“Tal es el candoroso é intrépido lenguaje que inspira la religion cristiana; tales son los generosos y nobles sentimientos de los héroes que forma; ¿y semejantes ciudadanos, filósofos, dejarán de componer una república ó pueblo pacífico, floreciente y feliz en lo interior, y poderoso en lo exterior? ¿Qué no puede esperarse de unos hombres que á mas de tener unas costumbres puras y santas, y una caridad eficaz y generosa, temen y honran á la divinidad como se merece, aman á sus semejantes como á sí mismos, y cumplen por un principio de conciencia con todas las obligaciones para con la patria, obedeciendo siempre á la autoridad con amor y con respeto? ¿Qué de unos hombres que sus votos mas fervorosos son: “El pedir con los ojos y manos “levantados al cielo, al Dios eterno, al Dios vivo “y verdadero, por la conservacion y salud de los “emperadores; porque su reinado sea tranquilo, “por la seguridad en su palacio, por el valor de “sus ejércitos, por la fidelidad de su senado, por “la buena fe y honradez de su pueblo, por la paz “de su imperio, porque presida la sabiduría en sus “consejos y la justicia en los tribunales; y, en una “palabra, por cuanto un hombre y un emperador “pueden desear? . . .”

Confesad, pues, y conoced, enemigos del cristia-

nismo, que cuanto mas fuerza tengan las ideas cristianas en un pais, será tanto mas feliz, sabio, libre y pacífico: y que por lo mismo, es de la mayor importancia para los reyes y poderosos de la tierra, para los grandes y los pequeños, para los pobres y los ricos, para las viudas, doncellas y los huérfanos, para todos, todos, es de la mayor importancia, no tanto por los intereses eternos, sino tambien por los temporales, el que se estienda, vele y defienda la moral, el culto y disciplina de la religion cristiana; porque ella es y será siempre, repitiendo las palabras de Montesquieu, el mas seguro garante que se puede tener de las costumbres de los hombres, y sus enemigos serán siempre otros tantos Erostratos; y así, defender la religion cristiana, no es otra cosa, que defender nuestras presentes y últimas esperanzas.

Si las máximas, si las obligaciones que la religion cristiana impone, parecen á algunos rigorosas y pesadas, es porque aterran las pasiones y no quieren practicar lo que mandan; es porque no conocen ni sienten la uncion que las dulcifica; es porque nunca gustaron sus consuelos ni el atractivo amable de la virtud cristiana: *Animalis homo non percipit ea, quæ sunt spiritu Dei, stultitia es illi, et non potest intelligere.* "Cuanto mas cargados van los

" justos, dice el V. P. Granada, y mas se ejercitan
 " en la guarda de tus mandamientos, entonces an-
 " dan mas ligeros y descansados. Sí, Dios mio, tu
 " ley es suave y ligera; y tan lejos está de ser pe-
 " sada, que ayuda á andar al que la lleva y lo li-
 " bra de toda pesadumbre. ¡Oh yugo del santo
 " amor! ¡con cuánta suavidad atas, cuán benigna y
 " dulcemente cargas, y cuán blandamente llagas!
 " Muy pesado fuera el yugo de tu ley, si no le ata-
 " ra á nuestros cuellos tu amor; este amor es el
 " que hace de mala vida buena vida; y de vida tra-
 " bajosa vida descansada: por lo cual, cuando di-
 " ces que tu yugo es suave, entiéndese para los
 " que te aman; y cuando dices, que el camino del
 " cielo es estrecho y trabajoso, se ha de entender,
 " que es tal, para los que no te aman. Todo es fá-
 " cil y suave para el que ama, y todo es penoso y
 " trabajoso al que no ama. ¡Oh Señor, y cuán hon-
 " rados y dichosos son tus amigos! ¡cuán seguros y
 " alegres andan los que te aman, y cuán consola-
 " dos y contentos los que en la inocencia y santi-
 " dad de su vida te sirven....!" Estas respetables
 palabras justifican las que dirigia á Dios un vir-
 tuoso solitario, cuando le decia: "¡Ah Señor! vos
 " me habeis engañado; yo sí, me prometí serviros;
 " pero temia tener que llevar cruces y mortifica-

“ ciones en vuestro servicio; una unción celestial
 “ lo allana y dulcifica todo: todo es alegría y con-
 “ suelo: ¡Ah Señor! ¡vos me habeis engañado!”

¿Hay placer, hombres carnales, que pueda igua-
 larse con los que acompañan á la inocencia? ¡Ah!
 ¡cuánto vale el estar contento consigo mismo, dis-
 frutando la justicia, paz y alegría que se goza en el
 Espíritu Santo! ¡Ay! ¡cuál se espresa y resplandece
 en el semblante de aquel que no tiene delitos la ino-
 cencia de su corazón y la alegría de su alma! El
 cristiano virtuoso por abatido que se halle, ora en
 las persecuciones que sufra, ora en las enfermeda-
 des que padezca, ora, en fin, en la pobreza, se acuer-
 da en el secreto de su corazón de que ama á Dios y
 que le es fiel, y al momento se deleita: *Renuit con-
 solari anima mea, memor fui Dei, et delectatus sum.*
 Por lo tanto, las violencias, las injurias y las cala-
 midades, como dice Séneca, no hacen otro daño en
 su pacífico corazón, que el que una ligera nube ha-
 ce á la luz del sol: *Adversus virtutem hoc possunt ca-
 lamitates et damna, et injuriæ, quod adversus solem
 nebula.* ¡Ay! la grandeza de alma de un cristiano
 nunca es abatida por los reveses de la fortuna; por-
 que como nunca contó que dependiese de sus favo-
 res su dicha, no le alteran sus reveses; está firme
 como un peñasco á la orilla del mar; las olas le ba-

ten pero no le mueven: y así que, vive sereno en
 medio de las contradicciones del mundo, sin desva-
 necerse contento en la prosperidad, ni menos con-
 fundirse triste en la desgracia; siempre igual, ale-
 gre siempre, y superior á las alteraciones é incons-
 tancias de la vida, dice á todo como Job: *Sit nomem
 Domini Benedictum:* nada, pues, puede turbar su
 reposo, puesto que está asegurado de la inocencia
 de su vida, y que su conciencia nada le reprende,
 antes bien le predica inocente, diciendo con el Após-
 tol: *Nan gloria nostra hæc est testimonium concien-
 tiæ nostræ omnia possum in eo, qui me confortat.*

Y así que, guarecido con este celestial escudo,
 en todo tiempo y lugar está también dispuesto á
 confesar ó decir con el mismo Apóstol: *Non erubes-
 co Evangelium. . . . paratus sum et in carcerem, et in
 mortem ire:* sin que para ello le arredren las ame-
 nazas, los insultos, la pobreza, los destierros, las
 prisiones, los potros, las hogueras, la tortura, los
 cadalsos, el fuego, el agua y el hierro; porque él
 sabe que hay ocasiones en que es menester, que el
 verdadero discípulo de la Cruz sepa morir, y aun
 salir al encuentro á la misma muerte, por mas atroz
 que se le presente; pues llegado este caso, al cielo,
 es decir, á Dios, toca hacer la costa; porque como
 fiel en sus promesas, protege á cuantos colocan en

él sus esperanzas: *Protector est omnium sperantium in se*. Y en efecto, el obispo de Sens decia en su destierro, aunque los impíos no lo crean: "Es cierto que las desdichas tienen su consuelo y encanto; me lo han quitado todo, nada me han dejado, pero me queda el honor y la religion." Los jacobinos franceses se quedaban sorprendidos al ver á los sacerdotes fieles ir á la muerte con la misma alegría que si fueran á una boda; cumpliéndose á la letra aquello de los Hechos apostólicos: *Salian gozosos del concilio por haber sido hallados dignos de sufrir contumelia por el nombre de Jesus*. Pero ¡ah! ¿qué espectáculos tan gloriosos no han dado al mundo los mártires, esos héroes del cristianismo, en sí mismos? Vírgenes delicadas, niños tímidos, viejos agobiados bajo el peso de los años, y personas criadas desde el principio con toda la delicadeza del siglo, se ven trocadas en otros tantos héroes, á cuyos piés viene á humillarse todo el orgullo de los Césares y todo el poder de los tiranos. No les mueven las promesas mas seductoras; se rien de las mas formidables amenazas; miran con tranquilo semblante todo el aparato de los tormentos, y las muertes mas crueles no hacen vacilar su resolucion ni su valor. Con una sola palabra pueden cambiar su suerte y convertir en caricias la ferocidad de los tiranos; y no

dicen esta palabra; no por un vano teson, sino porque aguardan en la vida futura una copiosa indemnizacion de cuanto pierdan ó sufran en ésta. Aun hay más; no es esto solo lo que nos ofrecen los héroes de la fe, no: mientras un sibarita indolente, tendido sobre una cama de flores, se queja amargamente de una hoja de rosa que se ha doblado, vemos á los mártires descansar deliciosamente sobre parrillas encendidas, y experimentar los enajenamientos de un puro placer en el seno de las llamas devoradoras; vemos tambien que la llama, en vez de consumir el cuerpo viejo y desecado del gran Policarpo, le forma un arco de bóveda, bajo cuyo iris se deja admirar de todos, aquel hombre apostólico, tranquilo, sin perturbacion y sin dolor. En medio del horno y del mismo fuego, en Babilonia, se sientan los tres jóvenes, como pudieran hacerlo sobre la fresca yerba, á cantar de concierto himnos á Dios. Las fieras han sido pacíficas y mansas á los mártires, no solo en el desierto, sino agitados é irritados en el anfiteatro por los tiranos.... ¡Ay! estos hechos incontestables se resisten, no los sienten los impíos; porque como sus carnales corazones no cuentan con otros placeres ó alegrías que las que reinan en los festines y banquetes presididos por los desórdenes, caprichos y extravagancias,

por la inmoralidad, el lujo y la soberbia, y en los que se muestra el contento en risadas, en voces descompuestas, y en saltos y movimientos locos é inconsiderados, cosas todas que solo producen la amargura, el tedio y la desesperacion, no alcanzan á conocer cómo la alegría del cristiano, que es pura como la luz, va tan mansa como las aguas del Nilo, y tan serena como el curso del cielo; y que sin embargo que su concierto no lo oye el oido, pone un órden y júbilo en el corazon que es innarrable; ni tampoco el cómo las gracias extraordinarias con que el Espíritu Santo inspira á los fieles, pueden llevarlos con alegría y con deleite á las obras más árduas y penosas; pero entiendan y no estrañen, que si el amor lo hace todo fácil, no se admiren de que, por un amor celeste é invencible, guarden y sigan los cristianos unos caminos trazados por los labios de Jesucristo; caminos que, si á ellos parecen duros, intransitables y espinosos, á aquellos llenos de dulzura y de consuelos: sí, de dulzura y consuelos; porque la paz interior, la meditacion, el comercio con Dios, un suspiro que el alma eleva hácia el trono clemente y misericordioso del Altísimo, son dulces acentos de alegría pura, alegría celestial y consoladora, que no alcanzarán á percibir jamas los enemigos del cristianismo.

Ello es que el corazon del verdadero cristiano goza de una felicidad inmutable y segura, siendo para él todos los dias de alegría y regocijo, ó como decia Lamennais: "Hay siempre en él una fiesta continua; gozando más en aquello mismo que se niega, que el incrédulo en lo que se permite á sí y disfruta. Es dichoso en la prosperidad, y más dichoso padeciendo, porque en esto encuentra un medio para aumentar la felicidad que le espera, y avanza con pasos tranquilos al traves de los campos de la vida, hácia aquella montaña coronada por la ciudad permanente, celestial morada de la paz, de las delicias eternas y de todos los bienes." Pero qué ¿la religion escluye, prohíbe acaso las delicias inocentes y los dulces desahogos de una amistad sincera y santa? No, no está negada á la virtud cristiana una alegría sencilla y pura, puesto que la alegría y la paz son dones del Espíritu Santo. "Las personas virtuosas, dice Rousseau, saborean con delicia los placeres inocentes que les están permitidos: los mundanos se los acriminan; y es que éstos envidian á aquellos los placeres sencillos, á los cuales han perdido el gusto. Un corazon nuevo se entrega á todo con un placer de niño, ó mas bien, si me atrevo á decirlo, con un deleite de ángel, porque estos tranquilos goces tienen

“una serenidad que no es de aquí abajo.....”

Jamas el impío gustó los gozos deliciosos y esperanzas celestiales de la verdadera virtud, que es la cristiana: estos están reservados para los verdaderos hijos de la Cruz; ellos solos los gozan y poseen; son felices: y si el hombre carnal los cree desgraciados y miserables, ellos se rien allá en sus adentros compadeciéndolos, pues no lo son; porque ninguno es miserable por sentimiento ajeno, sino por el suyo propio, como decia Salviano: *Nemo aliorum sensu miser est, sed suo*. Sí, son felices, y la felicidad de que gozan, viene á ser en ellos como el gérmen de la felicidad eterna porque anhelan: sus placeres son los de la moderacion, de la beneficencia, templanza y de una buena conciencia; placeres puros, nobles, espirituales y superiores en mucho á los placeres de los sentidos: son, en fin, felices, debiendo esta dicha á los llamados rigores y obligaciones pesadas de la ley evangélica; pues ella sola, es la que puede hacer feliz al hombre, tanto ínterin sus dias sobre la tierra, como despues de terminados, en el cielo.

Examínense las leyes derivadas ó fundadas en esta ley divina, y se les verá, dice Lamennais, que aunque inflexibles y severas, como la verdad, sin embargo, conteniendo en sí un espíritu de dulzura,

que consuela y tranquiliza la humanidad, inspiran á un mismo tiempo la confianza, el respeto y el amor; el hombre puede violarlas, pero es violentando su razon, su conciencia, su naturaleza toda, y renunciando á toda paz y felicidad. Ellas siempre estables, se afirman en los siglos, sobreviven á las opiniones, y reinan sin envejecerse jamas sobre las generaciones que se suceden y pasan enriquecidas con sus beneficios. ¿Qué leyes, fuera de las emanadas del Evangelio, conformaron jamas á los hombres de todas las naciones, de todos los gobiernos, de todos los climas, para unirlos en un sistema y en un comun designio de perfeccion moral, religiosa y política? ¿Quién llevó á las naciones mas remotas y desconocidas la religion, la industria, el cultivo y los bienes todos que componen los elementos del órden social? ¹ ¿Quién sacó de la infancia, y arrancó mas naciones á la barbarie? ¿Quién ha enjugado mas lágrimas y prestado consuelos dulces á la adversidad y al infortunio? ¿Quién abolió en la Europa la esclavitud? ² ¿Quién mitigó los da-

¹ “A medida que la religion cristiana va ganando terreno, se ven parecer pueblos enteros como por encanto:” decia la emperatriz Catalina II.

² “Nadie ignora, dice un célebre escritor moderno, que el universo hasta la época del cristianismo, siempre ha estado cu-

ños y crueldad de las guerras desoladoras, salvando de sus estragos, por un derecho nuevo desconocido, la libertad, la vida, la religion, los bienes y hasta las mismas leyes de los vencidos? La religion cristiana, responde Montesquieu. ¿Adónde se han ido aquellos bárbaros derechos que ejercian los señores sobre sus siervos, aun cuando la filosofia dominaba, ó eran filósofos los mismos señores, y que ni el clima, ni la política humana, ni toda la sabiduría de este mundo endulzó ó abolió entre los franceses, alemanes, los romanos y otras naciones? La suavidad del Evangelio y gracia del Espíritu Santo, puso un término á estos acerbos y crueles derechos; haciendo á los hombres dulces y bienhechores unos de otros; perfeccionando el derecho natural y tambien el de gentes, dice el mismo Montesquieu. ¿Quién salvó la existencia del inocente niño desamparado por unos padres incontinentes y criminales? La religion cristiana, confiesa D'Alembert reconocido. ¿Quién impidió mas crímenes y dió á luz mas virtudes? Pero ¿qué nos predicán aquellos establecimientos que solo á la religion cris-

bierto de esclavos, y que jamas los sabios han desaprobado este uso. La Iglesia de Jesucristo, por su supremo gefe Alejandro III, proclama la libertad universal, y su voz consoladora se hizo oír de todo el universo."

tiana debieron su existencia? ¿Quién sino ella crea instituciones admirables donde la infancia encuentra educacion, la ancianidad y la orfandad vida y reposo, y los enfermos cuidados y consuelos? ¹ "Fijad los ojos, dice Chateaubriand, en esos asilos de la caridad, de los peregrinos, de los agonizantes, de los sepultureros, de los insensatos y de los huérfanos; ved si podeis encontrar en el catálogo de las miserias humanas, una sola enfermedad del alma ó del cuerpo, para la que la religion no haya fundado un lugar de consuelo ó su hospicio..... ¡Oh Dios de los cristianos, qué obras las tuyas! En todos los puntos donde fijamos los ojos, tropezamos con monumentos de tus beneficios: en las cuatro partes del mundo ha disseminado la religion sus milicias, y colocado sus centinelas á favor de la humanidad. El fraile maronita llama con el sonido de las planchas de metal colgadas de la copa de un árbol, al extranjero á quien la noche ha sorprendido en los precipicios del Líbano: este pobre é ignorante artista, no tiene mas ricos medios de darse á conocer: el

¹ El impío Juliano, apóstata, escribia á Arsacio, pontífice de Asia: "¿No es vergonzoso para nosotros, que los cristianos mantengan ademas de sus pobres los nuestros?" Véase la nota que está al fin.